

LA VENTISCA

Como cada tarde, los hermanos Fredy y Pol salieron al bosque a jugar un rato hasta la hora de la cena. Era el mejor momento del día, ya que podían perderse entre los árboles y jugar con la nieve o correr tras las ardillas sin preocupaciones después de volver de la escuela. Sus padres les tenían dicho que no se alejaran mucho de casa, y habían hablado miles de veces de los peligros que tenía la parte interna del bosque. ¡Qué pesados se ponían con el tema! Pero esa tarde a Pol, el más pequeño de los hermanos, le llamó la atención un animal desconocido escondido entre los arbustos.

-Mira, Fredy -susurró a su hermano, quedándose quieto como una estatua.

-¡Ostras! -dijo entre dientes el mayor, que se quedó blanco como la nieve. - Yo he visto a ese depredador en una Enciclopedia de Animales del Mundo. Es un zorro ártico. Es el depredador más pequeño al que se le atribuyen poderes mágicos. Si está tan cerca del pueblo es que está muy hambriento, Pol. Estamos en peligro.

Y en ese momento, el animal salió de entre los matorrales de golpe y comenzó a caminar hacia ellos... cojeando. Sangraba de una pata trasera, de la que arrastraba un cepo. Pol y Fredy se quedaron hipnotizados sin reaccionar. Los maravillosos ojos verdes del zorro parecían pedir ayuda y ellos, acostumbrados a las buenas leyes de la naturaleza, no podían dejarle morir desangrado.

Y no se equivocaron. El animal se dejó coger, dócil como un cordero. Les costó mucho llegar hasta una cueva cercana que les servía de escondite y refugio. El animal pesaba mucho: Fredy calculaba que unos 65 kilos más o menos. Cuando llegaron iban manchados de sangre y el zorro respiraba muy débilmente. A Pol le daba mucho miedo hacerle daño, así que fue Fredy el que, haciendo palanca con un palo, consiguió abrir el cepo como le había enseñado su padre. Vendó la herida con un trozo de su camisa e intentó que bebiera de su cantimplora.

El problema es que se había hecho de noche y se había levantado una gran ventisca. Así no podrían atravesar el bosque para volver a casa. Tendrían que pasar la noche en la cueva, pero hacía muchísimo frío. Los hermanos comenzaron a sentir que los dedos de las manos les dolían. Pol comenzó a adormilarse.

-Ven aquí, Pol. Vamos a juntarnos los tres. Nos daremos calor y aguantaremos hasta que amanezca -intentaba animarle Fredy, que no podía casi hablar porque le temblaba todo el cuerpo. -No te duermas, Pol. Sobre todo no te duermas, enano. Aguanta un poco.

Sin darse cuenta los dos hermanos se quedaron dormidos.

Les despertó el rico olor del pan tostado. Cuando abrieron los ojos vieron las caras de sus padres, que les sonreían, aunque tenían pinta de no haber dormido. ¿Qué había pasado? No recordaban nada. Sus padres les contaron que una familia de zorros árticos, liderada por un zorro joven con una pata vendada con un trozo de camisa de Fredy, les habían traído hasta la puerta de casa. Los traían cargados en los lomos de los más fuertes.

-Fue algo mágico -decía emocionada la madre.

-Es una ley de la naturaleza -dijo orgulloso el padre mirando a sus hijos -: "quid pro quo", algo por algo.

Los hermanos estaban alucinados con la historia que sus padres les habían contado. Se sentían extrañados y no terminaban de creer que unos zorros árticos hubieran llevado sus cuerpos desde el interior del bosque exactamente hasta la puerta de su casa. La ventisca seguía azotando con fuerza. De pronto Pol lanzó un chillido y llamó a su hermano. Delante de la casa se encontraba el zorro aún con la venda. A Pol y a Fredy les pareció que antes de dar media vuelta y echar a correr bosque adentro, el animal les sonreía.

EN EL PAÍS DE PAPEL

Y entonces las paredes de mi pequeña habitación comenzaron a difuminarse, perdiéndose entre una neblina arrolladora que me dejó absorto sin poder ver otra cosa que una intensa y brillante luz.

El paisaje a mi alrededor había cambiado radicalmente. Mi mesa de estudio, siempre esperando a que alguno de mis cuadernos del colegio se abriese en ella, ya no estaba allí, ni tampoco mi casa, la silla donde hacía unos segundos había estado sentado ni las estanterías repletas de alegres muñecos. Nada de aquello se veía ya. En su lugar, estaba en medio del prado verde salpicado de flores de todos los colores. El dulce chapoteo del discurrir de agua en algún punto cercano inundaba mis oídos, y los pájaros se paraban sobre las ramas retorcidas de los árboles mirándome curiosos y ladeando la cabeza. Una sensación mágica recorría todos los músculos de mi cuerpo. No tenía miedo, ni tampoco angustia; simplemente lo miraba todo a mi alrededor, acariciando con los ojos el bello paisaje que se extendía hasta el horizonte.

Para mi sorpresa, sentía unas ganas terribles de explorar todo aquello, cansado de la rutina aburrida que se apoderaba de las tardes en las que estudiaba o me quedaba mirando con ojos absortos la televisión desde el sofá. Inspiré el aire cálido y fresco y comencé a caminar en dirección a cualquier sitio por el que comenzar la exploración.

Por espacio de un tiempo que no supe definir, me convertí en un intrépido viajero recorriendo el bosque, plagado de toda clase de animales y criaturas que nunca había visto en mi ciudad, y que, lejos de asustarme, me fascinaron sobremanera. Caminé sin descanso, por bosques, campos y montañas, navegando en mares de color azul zafiro y deslizándome sobre suaves laderas de verde y mullida hierba, sin importarme nada más que descubrir dónde me llevarían mis pasos. Hice amigos, y también conocí a seres peculiares, que me daban la bienvenida a su mundo y me instaban a que continuase caminando.

Después de pasar por un sinfín de lugares, llegué, por fin, a las orillas de un río, cristalino, surcado por peces de escamas de plata. Allí, junto a él, y esperándome paciente meneando sus crines doradas, vislumbré un precioso caballo alado, que me miraba con grandes ojos negros. Al principio sentí duda, pero, mis pies, pisando aquella fresca hierba esmeralda, me guiaron hasta su lado, y me encontré palpando su cuello fuerte y su piel suave y brillante. Me aupé sobre su lomo, mientras el corcel alado se mantenía tranquilo, subiendo a lo alto de su cuerpo y tomando sus crines de oro. El caballo, con un breve relincho, batió sus alas y subió hacia el cielo, haciendo que mi pelo se agitase con el viento y llevándome, con una sensación exaltada, hacia algún lugar en el que ser libre, perdido en el horizonte, más allá de las altas montañas.

Cerré el libro. Lentamente aquella sensación mágica de libertad se disipó como si solo se tratase de un sueño. Miré a mi alrededor. Las paredes volvían a estar allí, con sus estanterías y con aquella mesa de estudio. Yo, en lugar de montado en un caballo alado, estaba sentado en mi silla, frente al libro que había cogido de la biblioteca aquella misma tarde, atraído por la bonita imagen de la portada. Dejé el volumen, resoplando, sobre la estantería, junto a los demás. Mirándolos todos, me di cuenta de que aquello era lo que necesitaba para ser aventurero. Tenían un sinfín de mundos encerrados entre sus páginas esperando a ser descubiertos y explorados por algún intrépido aventurero que convirtiese la lectura en un viaje y un libro en un corcel de alas de plata.

LEGADO

—Pero no llores, mamá —rogó Óscar mientras sujetaba una motosierra con sus manos enguantadas—. No podemos hacer más, lo hemos intentado todo, ahora no es más que un peligro. Hay que talarlo antes de que venga una racha de viento y lo haga caer encima de alguien.

—¿De verdad, hijo, que lo habéis intentado todo? —preguntó una vez más Marieta, pensando que, quizás, todavía podría asomar una solución que no se les hubiera ocurrido hasta el momento.

—Todo, mamá. Tiene muchas ramas podridas; podríamos podar si no fuese porque el tronco también lo está. El año pasado ya se encontraba muy mal y no ha respondido a los tratamientos que le dimos... Mira, estamos a finales de marzo y una sola flor ha conseguido dar.

Ella la observó; sus ojos se perdieron en sus cinco pétalos blancos que se tornaban en rosa pálido en sus extremos. Sabía que el árbol ya no producía almendras como antaño, sabía que otros ya lo habrían “quitado”, como eufemísticamente le decían cuando en realidad la palabra que querían pronunciar era “arrancado”.

Suspiró rendida y recordó el día en el que ella y su marido plantaron aquel almendro en las tierras que rodeaban su casa hacía ya unos cuarenta años, dos meses después de dar a luz a su primer hijo, Miguel.

Miguel nació demasiado pronto, a los siete meses de gestación; al padre de Miguel se le ocurrió plantar aquel almendro, un almendro que querían que simbolizara con su crecimiento la fuerza y las ganas de vivir de Miguel.

Con cada nuevo brote que del almendro nacía, con cada nueva flor que al sol se abría, Marieta se henchía de esperanza, convencida como estaba de que los destinos de su hijo y del árbol estaban engarzados. Si el árbol se veía fuerte y sano, Miguel así lo estaría...y así era, pero solo a rachas, pues los inviernos eran fríos y duros y, al igual que los almendros son frágiles e inestables por hacer brotar sus flores demasiado pronto, enfrentándolas a un medio que, con las últimas heladas, podía hacer que todas aquellas flores murieran y desaparecieran, Miguel creció débil y enfermizo, quizá enfrentado también demasiado pronto a un mundo que no se lo iba a poner fácil.

Muchas veces, cuando se encontraba mal, y si el tiempo acompañaba, Marieta dejaba que su hijo se sentase sobre una manta de campo en el suelo del jardín, apoyado en el almendro que le ofrecía en silencio su compañía. Mientras, ella le leía un libro de cuentos y el sol le abrigaba con su luz. Era en aquellos días cuando Miguel parecía cargarse de energía, su piel mudaba de un tono pálido a otro rosado y vivo, y llegaban nuevos días en los que los juegos y las carreras eran motivo de felicidad para Marieta y su marido. Pero se trataba solo de un espejismo. Miguel pasó varios años enfermo, hasta que en su décimo año de vida, cuando Óscar solo tenía uno, no consiguió superar una neumonía.

Después de aquel trance, Marieta solía sentarse en un columpio que habían colocado en una de las ramas del almendro para que Miguel jugase; allí dejaba a su imaginación volar y vivía la ilusión de cómo sería su hijo de mayor, de cómo crecería, de cómo decidiría qué estudiar o cómo conocería a su

primer amor...

—Mamá, yo también siento mucho que lo tengamos que talar. Yo he crecido con él, mis primeros libros los leí bajo sus ramas, mis primeras meriendas con los amigos las hice bajo su sombra; siempre ha estado ahí. Sé que es un miembro más de la familia y ni siquiera me imagino cómo será venir a verte a casa y sentir el vacío que va a dejar en el jardín —tomó aire por un momento, sabiendo que iba a tocar un tema sensible—. Yo era muy pequeño y ni siquiera recuerdo a Miguel, pero a veces siento que ahí, junto al almendro, está también él, por eso sé lo que este árbol significa para ti —le dijo abrazando a su madre—, pero, a veces, hay que aprender a decir adiós, aunque sea solo un poco, y es que... —se lo pensó durante un segundo, pero finalmente se acercó hasta el coche y extrajo del maletero una caja de cartón.

De nuevo junto a su madre la abrió y sacó una pequeña maceta con un brote, todavía blanquecino, de una almendra que luchaba por asomar fuera de la tierra.

—Quizá no sea un consuelo, mamá, pero el año pasado, cuando vi que el almendro estaba enfermo, sembré una de sus almendras y ha germinado. Plantaremos este nuevo almendro donde estaba el otro —dijo ilusionado— y lo verás crecer, volverás a alegrarte cuando allá por febrero o marzo veas aparecer la primera de otras muchas flores, sonreirás cada vez que pases a su lado y huelas su maravilloso perfume dulzón y seguirás con la mirada a las ufanas abejas que polinizarán las flores para que el árbol nos dé almendras. Será el legado de aquel árbol que plantasteis papá y tú para Miguel, de alguna manera seguirás teniendo a ese almendro en el que todos le vemos.

Marieta se limpió con el dorso de la mano una solitaria lágrima nacida al recordar a su hijo y abrazó a Óscar. Acarició con la mano el áspero y agrietado tronco del almendro y recordó lo suave que era su corteza el día que lo plantaron, cuando no era apenas más que una fina vara.

—Está bien —claudicó—, tienes razón. Plantaremos ese pequeño almendro y yo estaré aquí para cuidarlo y verlo crecer, pero espera un momento.

Se acercó hasta aquella solitaria flor y la cogió delicadamente con su mano, no iba a dejar que desapareciera bajo la motosierra. Dentro de casa, Marieta la guardó entre las páginas de aquel libro de cuentos. Cada vez que pensara en su hijo, aquella flor la reconfortaría.